
Huir de la pobreza

[Ana Carbajosa](#)

La

nuît est tombée sur Dakar

(La noche ha caído sobre Dakar)

Aminata Zaaria

231 págs., Grasset,

París, 2004 (en francés).

Escapar de la pobreza a cualquier precio es la idea que rumia en las cabezas de millones de jóvenes africanos que sueñan con cruzar el Estrecho, con que un turista blanco se fije en ellos o en ellas, o que un cazatalentos europeo desembarque en su aldea en busca del nuevo Diouf o la próxima Imán. Los senegaleses no son una excepción y muchos sueñan con un mundo distinto al de sus padres, con los que ya no comparten una visión del mundo anclada en las tradiciones y la superstición. Aunque respetan y conservan muchas de las creencias animistas, musulmanas o cristianas de su cultura, y a pesar de la ola de neoconservadurismo que empieza a dejarse ver en las calles de Dakar, donde se observan más cabezas cubiertas con pañuelo que nunca, la mayoría de los jóvenes ya no temen que les roben el alma por no llegar vírgenes al matrimonio, tienen claro que el juicio de los dioses no depende de que tengan o no el clítoris extirpado y dan menos importancia al qué dirá el resto de su comunidad.

Esta necesidad de ruptura con ciertas tradiciones, alimentada por las experiencias migratorias y la presencia de blancos (turistas, cooperantes y series de televisión occidentales que llegan hasta la más remota aldea de África), constituye uno de los temas más recurrentes de la literatura senegalesa, escrita en gran parte por mujeres. Con el referente indispensable de finales de los 70 de *Mi carta más larga*, de Mariama Bâ (Ed. Zanzíbar, Manzanares el Real, 2003), donde el funeral del marido de la protagonista sirve de excusa para desplegar una visión crítica de la poligamia y las castas, o *El baobab que enloqueció*, de Ken Bugul (Ed. Zanzíbar,

2002), el intenso viaje de una joven desde su aldea natal hasta la alienación de una vida marcada por las drogas y la prostitución en Bruselas, surge ahora una nueva generación de escritoras. Nacidas tras la independencia (1960), reflejan las preocupaciones de muchos jóvenes senegaleses: las nuevas formas de relacionarse con la llamada modernidad y su frustración ante la visión de un país estancado en la miseria.

La primera novela de la dramaturga y periodista Aminata Zaaria, *La nuit est tombée* sur Dakar, que Grasset publicó en Francia a principios de año, es la obra más reciente de esta nueva generación de jóvenes escritoras senegalesas. Con un estilo directo y salpicado de africanismos, Zaaria cuenta la historia que se repite por toda África, la de la falta de oportunidades para los jóvenes y la del deseo de vivir como los blancos. "Sé que me arriesgo a las llamas del infierno, pero estoy dispuesta a todo con tal de escapar de la pobreza", es la declaración de intenciones con la que comienza la novela y que confiere sentido al relato: el camino hacia la prostitución en manos de hombres blancos de dos adolescentes, deslumbradas por el neón de Occidente y que no encuentran su sitio en su aldea natal, un pedazo de sabana sembrado de chozas de adobe y techumbre de paja. En el centro, la mezquita, y al lado, una escuela con tejado de uralita financiada por alguna ONG. Un pueblo para entrar en el cual –como en muchos en Senegal– hace falta el permiso del jefe de la tribu. Y donde 14 horas diarias de incansable sol mantienen a sus habitantes bajo mínimos vitales.

A la sombra de una ceiba, Dior y su mejor amiga leen revistas de moda parisina y coleccionan recetas de cocina rápida para microondas, intentando olvidar que cada mañana se anudan a la cintura la misma tela estampada y que cada día desayunan, almuerzan y cenan el mismo arroz y la misma sémola cocinados sobre las ascuas de una leña que han salido a buscar al campo.

No se resignan a envejecer a la sombra de esa ceiba y emprenden un largo viaje de ida, conscientes de que tienen algo apreciado en el mercado global capitaneado por los blancos. Su cuerpo y su negritud son uno de los pocos pasaportes posibles hacia el mundo que sueñan mejor. "Mi única salvación son los blancos, los *toubabs* ricos o, en todo caso, más ricos que los hombres de mi país", dice Dior, una de las dos protagonistas.

Dior es bellísima, y su amiga, más bien del montón. Pero les basta mirar alrededor para darse cuenta de que su belleza es casi lo de menos. "A los franceses, belgas y alemanes que viven en Senegal lo único que les atrae es lo exótico. Lo importante para ellos es que seas negra y que no seas vieja. Te digo que no diferencian a una *top model* de una cabra repeinada", le explica a su amiga. Una vez fijado el objetivo, aprovechan una excursión escolar para cruzar la barrera que divide la playa privada de un hotel (de blancos) de la suya (de negros). Un leve contoneo de caderas se encarga de todo lo demás. Sus familias, seguidoras a rajatabla de los preceptos y ritos del islam animista, las maldicen, invocan a sus fetiches y anhelan la época del presidente y poeta Leopold Senghor, que defendió como nadie el desarrollo de su país y el orgullo de ser senegalés, africano y negro. Pero ellas no, crecieron en los días de las restricciones presupuestarias, del turismo de masas y de pegarse a la televisión para ver *Dallas*. La miseria en la que viven y han vivido las dos generaciones es parecida, pero ellas piensan distinto y sus ambiciones son otras.

Zaaria sabe de lo que habla en una novela que tiene mucho de autobiográfica. La escribió mientras mantenía una relación con un blanco, mucho mayor que ella, y por el que no sentía ningún afecto, sino todo lo contrario. "Escribir este libro ha sido para mí una vía de escape, un espejo donde mirarme. Una manera de hablar de esos *toubabs* que en Senegal no respetan a la gente, se relacionan sólo entre blancos y les gusta tener a una prostituta al lado para ir con los amigos a los bares", explica Zaaria desde París, donde vive desde hace dos años y donde dice haberse dado cuenta de que los blancos son distintos. "Aquí la gente es muy amable y respetuosa".

Es un lujo colarse, de la mano de esta autora senegalesa, en un barrio chabolista de Dakar, en el almuerzo de una familia senegalesa tradicional o pasear por la isla de Gorée, puerto de salida de millones de esclavos hacia las Américas y uno de los grandes símbolos de la novela. La autora dibuja postales a las que no les falta detalle ni interés. "Es una buena mezcla de etnicismo y literatura", explica Martine Boutang, la editora, preguntada por las razones que le llevaron a esta arriesgada apuesta, galardonada este año en Francia con el premio de la Ville de Blois.

El pasaporte hacia al éxito que Dior y su amiga eligieron convirtió su sueño en una pesadilla a la que enfrentarse en la cama cada noche, junto a sus nuevos amantes. "Si me niego a que ese hombre hunda su dedo sobre mi sexo, seré condenada a vivir en la miseria", se repite una de las protagonistas. Una pesadilla que tampoco ha terminado para la propia Zaaria, envuelta ahora en una nueva relación sentimental con un blanco, esta vez sí de su agrado, pero con el que no puede volver a su ciudad, Thies (oeste de Senegal), ante el rechazo de los suyos, que no consienten las uniones mixtas. "Es una sociedad muy tradicional, y en mi familia nunca ha habido un blanco, ni siquiera alguien de otra religión. No le aceptan".

CRÍTICAS DE LOS LIBROS MÁS DESTACADOS PUBLICADOS EN EL MUNDO.

Huir de la pobreza. [Ana Carbajosa](#)

La

nuît est tombée sur Dakar

(La noche ha caído sobre Dakar)

Aminata Zaaria

231 págs., Grasset,

París, 2004 (en francés).

Escapar de la pobreza a cualquier precio es la idea que rumia en las cabezas de millones de jóvenes africanos que sueñan con cruzar el Estrecho, con que un turista blanco se fije en ellos o en ellas, o que un cazatalentos europeo desembarque en su aldea en busca del nuevo Diouf o la próxima Imán. Los senegaleses no son una excepción y muchos sueñan con un mundo distinto al de sus padres, con los que ya no comparten una visión del mundo anclada en las tradiciones y la superstición. Aunque respetan y conservan muchas de las creencias animistas, musulmanas o cristianas de su cultura, y a pesar de la ola de neoconservadurismo que empieza a dejarse ver en las calles de Dakar, donde se observan más cabezas cubiertas con pañuelo que nunca, la mayoría de los jóvenes ya no temen que les roben el alma por no llegar vírgenes al matrimonio, tienen claro que el juicio de los dioses no depende de que tengan o no el clítoris extirpado y dan menos importancia al qué dirá el resto de su comunidad.

Esta necesidad de ruptura con ciertas tradiciones, alimentada por las experiencias migratorias y la presencia de blancos (turistas, cooperantes y series de televisión occidentales que llegan hasta la más remota aldea de África), constituye uno de los temas más recurrentes de la literatura senegalesa, escrita en gran parte por mujeres. Con el referente indispensable de finales de los 70 de *Mi carta más larga*, de Mariama Bâ (Ed. Zanzíbar, Manzanares el Real, 2003), donde el funeral del marido de la protagonista sirve de excusa para desplegar una visión crítica de la poligamia y las castas, o *El baobab que enloqueció*, de Ken Bugul (Ed. Zanzíbar, 2002), el intenso viaje de una joven desde su aldea natal hasta la alienación de una vida marcada por las drogas y la prostitución en Bruselas, surge ahora una nueva generación de escritoras. Nacidas tras la independencia (1960), reflejan las preocupaciones de muchos jóvenes senegaleses: las nuevas formas de relacionarse con la llamada modernidad y su frustración ante la visión de un país estancado en la miseria.

La primera novela de la dramaturga y periodista Aminata Zaaria, *La nuit est tombée* sur Dakar, que Grasset publicó en Francia a principios de año, es la obra más reciente de esta nueva generación de jóvenes escritoras senegalesas. Con un estilo directo y salpicado de africanismos, Zaaria cuenta la historia que se repite por toda África, la de la falta de oportunidades para los jóvenes y la del deseo de vivir como los blancos. "Sé que me arriesgo a las llamas del infierno, pero estoy dispuesta a todo con tal de escapar de la pobreza", es la declaración de intenciones con la que comienza la novela y que confiere sentido al relato: el camino hacia la prostitución en manos de hombres blancos de dos adolescentes, deslumbradas por el neón de Occidente y que no encuentran su sitio en su aldea natal, un pedazo de sabana sembrado de chozas de adobe y techumbre de paja. En el centro, la mezquita, y al lado, una escuela con tejado de uralita financiada por alguna ONG. Un pueblo para entrar en el cual –como en muchos en Senegal– hace falta el permiso del jefe de la tribu. Y donde 14 horas diarias de incansable sol mantienen a sus habitantes bajo mínimos vitales.

A la sombra de una ceiba, Dior y su mejor amiga leen revistas de moda parisina y coleccionan recetas de cocina rápida para microondas, intentando olvidar que cada mañana se anudan a la cintura la misma tela estampada y que cada día desayunan, almuerzan y cenan el mismo arroz y la misma sémola

cocinados sobre las ascuas de una leña que han salido a buscar al campo.

No se resignan a envejecer a la sombra de esa ceiba y emprenden un largo viaje de ida, conscientes de que tienen algo apreciado en el mercado global capitaneado por los blancos. Su cuerpo y su negritud son uno de los pocos pasaportes posibles hacia el mundo que sueñan mejor. "Mi única salvación son los blancos, los *toubabs* ricos o, en todo caso, más ricos que los hombres de mi país", dice Dior, una de las dos protagonistas.

Dior es bellísima, y su amiga, más bien del montón. Pero les basta mirar alrededor para darse cuenta de que su belleza es casi lo de menos. "A los franceses, belgas y alemanes que viven en Senegal lo único que les atrae es lo exótico. Lo importante para ellos es que seas negra y que no seas vieja. Te digo que no diferencian a una *top model* de una cabra repeinada", le explica a su amiga. Una vez fijado el objetivo, aprovechan una excursión escolar para cruzar la barrera que divide la playa privada de un hotel (de blancos) de la suya (de negros). Un leve contoneo de caderas se encarga de todo lo demás. Sus familias, seguidoras a rajatabla de los preceptos y ritos del islam animista, las maldicen, invocan a sus fetiches y anhelan la época del presidente y poeta Leopold Senghor, que defendió como nadie el desarrollo de su país y el orgullo de ser senegalés, africano y negro. Pero ellas no, crecieron en los días de las restricciones presupuestarias, del turismo de masas y de pegarse a la televisión para ver *Dallas*. La miseria en la que viven y han vivido las dos generaciones es parecida, pero ellas piensan distinto y sus ambiciones son otras.

Zaaria sabe de lo que habla en una novela que tiene mucho de autobiográfica. La escribió mientras mantenía una relación con un blanco, mucho mayor que ella, y por el que no sentía ningún afecto, sino todo lo contrario. "Escribir este libro ha sido para mí una vía de escape, un espejo donde mirarme. Una manera de hablar de esos *toubabs* que en Senegal no respetan a la gente, se relacionan sólo entre blancos y les gusta tener a una prostituta al lado para ir con los amigos a los bares", explica Zaaria desde París, donde vive desde hace dos años y donde dice haberse dado cuenta de que los blancos son distintos. "Aquí la gente es muy amable y respetuosa".

Es un lujo colarse, de la mano de esta autora senegalesa, en un barrio chabolista de Dakar, en el almuerzo de una familia senegalesa tradicional o pasear por la isla de Gorée, puerto de salida de millones de esclavos hacia las Américas y uno de los grandes símbolos de la novela. La autora dibuja postales a las que no les falta detalle ni interés. "Es una buena mezcla de etnicismo y literatura", explica Martine Boutang, la editora, preguntada por las razones que le llevaron a esta arriesgada apuesta, galardonada este año en Francia con el premio de la Ville de Blois.

El pasaporte hacia al éxito que Dior y su amiga eligieron convirtió su sueño en una pesadilla a la que enfrentarse en la cama cada noche, junto a sus nuevos amantes. "Si me niego a que ese hombre hunda su dedo sobre mi sexo, seré condenada a vivir en la miseria", se repite una de las protagonistas. Una pesadilla que tampoco ha terminado para la propia Zaaria, envuelta ahora en una nueva relación sentimental con un blanco, esta vez sí de su agrado, pero con el que no puede volver a su ciudad, Thies (oeste de Senegal), ante el rechazo de los suyos, que no consienten las uniones mixtas. "Es una sociedad muy tradicional, y en mi familia nunca ha habido un blanco, ni siquiera alguien de otra religión. No le aceptan".

Ana Carbajosa es periodista de El País.

Fecha de creación

11 septiembre, 2007